

quizá con el siniestro fin de que le vistiera á usted gratis.

Y luego..... ¡qué prosaismos!

Ni el poder *que se juzga* omnipotente...

Con menos aparato de grandeza...

*Cuya* virtud ensalza al indigente...

¡D. Manuel, D. Manuel!..... ¿Y á estas cosas las llama usted poesías?

¡Qué han de ser poesías, hombre!

Estas son cañeterías y..... nada más.

## VII.

D. Aureliano es otro *poeta* de vuelo académico, que es como decir de vuelo bajo, tan ripioso como Cañete.

Y tan insulso.

Y muy poco menos antipático.

Hablo de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, y no sé si alguna cosa más, académico de todas las Academias existentes y de otras varias.

El cual, con capa de cristiano, debe de ser epicureo ó cosa parecida.

Porque verán ustedes la moral que usa don Aureliano escribiendo, ó por lo menos la que usaba hace unos veinte años, cuando, por halagar á Manzanedo, escribió *El libro de Santoña*.

Refería la hazaña principal ó más bien la única de aquel hombre, que es la de haberse hecho muy rico, y exclamaba en su estilo académico:

«No hay *dudar* que fueron de esta suerte bien merecidas las grandes cruces de Isabel

la Católica y Civil de Beneficencia que *su pecho esmaltan*, y bien ganado el título de Castilla con denominación de marqués de Manzanedo.»

¡No hay dudar!...

De lo que no *hay dudar* ó no hay que dudar, hablando en cristiano, es de que es usted un adulator de siete suelas.

Porque si eso no fuera una simple adulación, si así como usted lo dice lo pensara, había que convenir en que no tiene usted idea del fin para que fué criado el hombre, ni de lo que es amor á la Religión y á la Patria, ni de lo que es derecho, ni de lo que es justicia.

¿Cree usted que las grandes cruces y los títulos de Castilla se merecen con sólo enriquecerse de cualquier manera?

¡Y los tontos de Cristóbal Colón y Hernán Cortés y Francisco Pizarro y el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz... que anduvieron descrismándose y desenriqueciéndose por esos mundos!

Verdad es que ahora los títulos y los honores no se conceden por hacer verdaderos servicios á la Patria, sino por hacerla flacos servicios, y hasta por hacer servicios de loza; pero eso es porque la sociedad está desquiciada y apartada de la ley de Dios, y usted que se las echa de religioso no había de ayudarla á seguir en tal desvío y apartamiento.

Mas según parece no fué por usted por quien dijo Rioja:

«Que el corazón entero y generoso  
Al caso adverso inclinan la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.»

En el mismo libro se consigna en loor de don Juan Manuel Manzanedo, Dios le haya perdonado, este rasgo casi sublime:

«Pero *así como* estalló la guerra de Africa (este *así como* quiere decir *así que* ó *tan pronto como*, por más que no lo diga) facilitó *presuroso* al Gobierno español, sin ningún interés (!!!) y á reintegrarse el último, dos millones de reales.»

¡Dos millones de reales!

¡Y un hombre que no tendría más que unos ochocientos millones!

Esto *no hay dudar* que es para enternecer á una estatua.

Había en León un zapatero de poco pelo, pero de bastante buen humor, á quien llamaban de apodo *Morcilla*, el cual siempre que llegaba un pobre á la puerta de la zapatería á pedirle limosna, le solía decir:

—Mira, tráeme una hogaza y te daré un zoquete.

Los leoneses, que son gente formal, se reían de la generosidad del zapatero; pero don Aureliano, que parece formal también, la toma en serio y la celebra mucho.

Porque *no hay dudar* que la generosidad es la misma.

Y todavía en otra página añadía D. Aureliano este otro elogio:

«El barón cuyo caudal se reputa hoy de los mayores y más saneados de España, y á quien fué comunicado el secreto de ganar dinero...»

Patarata, D. Aureliano, patarata.

Ese secreto le sabemos todos. Lo que hay es que muchos no le queremos usar.

Porque no queremos renunciar á la herencia del Reino de los cielos, que nos adquirió Jesucristo con su preciosa sangre, y nada menos que esta renuncia lleva consigo la adoración del becerro de oro.

¿Le parece á usted que los que no somos ricos es porque no sabemos el secreto?

No, señor, no; es porque sabemos que, como dijo el mismo poeta antes citado, el mismo Rioja, que es el autor de la epístola moral, contra la opinión ridícula de usted y de otros que, como usted, no saben por donde andan; como dijo el mismo Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina  
A mayores acciones es llamada  
Y en más nobles objetos se termina,

y porque sabemos que las riquezas temporales, como dijo otro poeta más antiguo, mi paisano Gómez Manrique, son cosa fútil, despreciable.

«E non son sus crescimentos  
Si non juego,  
Menos durable que fuego  
De sarmientos.»

Mas dejemos aparte, por ahora, los pecados filosóficos de don Aureliano Fernández, y hablemos de sus pecados literarios.

La especialidad de don Aureliano, después de eso de las adulaciones, son las antigüedades.

Se ha empeñado en pasar por arqueólogo, y para ante el vulgo, que en esta materia es más numeroso que en otras, y aun para ante algunos sabios alemanes que también suelen hablar de lo que no conocen, lo ha conseguido.

Pero la verdad es, dicha así en confianza, que no entiende una palabra de esas cosas.

Y además discurre como un pez cocido, poco más ó menos.

Que se disputa el lugar donde estuvo una antigua población romana de que hablan las historias, *Concana*, por ejemplo, y que don Aureliano encuentra en cualquier parte una lápida sepulcral que dice en sustancia: «Aquí yace Fulano, natural de *Concana*»; y exclama don Aureliano loco de contento: ¡*Eureka!* ¡ya pareció! ¡aquí estaba *Concana!*....

Cuando á cualquiera se le ocurre que *Concana* pudo estar en cualquier otra parte menos allí; por que al que se muere en su pueblo y

es enterrado allí mismo, no se le pone en el epitafio que era de aquel pueblo: al contrario, esa indicación de origen sólo se pone en los epitafios de los que mueren lejos de su patria.

En fin, que por estas cosas y otras, mi antiguo catedrático el señor Castrillón, que es de los pocos anticuarios de verdad que hay en España, le ha dado algunos revolcones; pero él sigue carteándose con un alemán que le da bombos por allá en alguna revista, bombos que el interesado cuida de que se publiquen acá traducidos, y vamos andando.

Pues como poeta..... verán ustedes:

«SONETO.

Sin premio el *sabio*.....»

¡Todavía le parece que tiene pocos premios! Y eso que cobra una barbaridad entre dietas y uno y otro. Y además disfruta en la Academia Española casa gratis.

Y digo que le parecen pocos premios, porque para mí es indudable que, aunque él no subraya la palabra, al hablar del sabio se refiere á sí mismo; al *sabio* con letra bastardilla.

«Sin premio el *sabio*, el criminal impune.»

En esto último tiene razón. Y si no que lo diga la causa de la calle de Fuencarral. Y alguna otra.

«Sin premio el sabio, el criminal impune,  
*Glorioso* el vicio, la virtud con lute.....»

Vamos á ver lo que resulta de estos contrastes del vicio *glorioso* (que mejor sería triunfante), y de la virtud enlutada:

«En muerte y perdición *cógese* el fruto  
Del lazo vil que á los malvados une.»

¡Hombre! ¿Con que *cógese*? ¿Y *cógese en muerte y perdición*? ¡Qué manera más rara de decir las cosas!

A más de que los lazos, aunque sean viles, no crea usted que dan fruto como las tierras bien aradas.

Segundo cuarteto:

«Falaz plegaria al cielo no importune  
Del soberbio y avaro y disoluto.....»

¡Eche usted gente!

Pero ¿cómo son esas plegarias *falaces*?

¡Ah! Vaya, como las de los conservadores y conservadoras que compran lujosos devocionarios con la hacienda arrebatada á la Iglesia.

Siga usted:

«Falaz plegaria al cielo no importune  
Del soberbio y avaro y disoluto;  
Que ya hacia el Capitolio marcha Bruto,  
Y Atila ya sus bárbaros reúne.»

Bien; pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Y además, ¿quién es Bruto y quién es Atila?

¿Nos lo quiere usted decir, aunque sea rezado?

Porque la verdad es que, hoy por hoy, el que marcha hacia el capitolio del poder es D. Antonio Cánovas.

Aunque acaso no llegue; pero, en fin, de todas maneras, que le perdone á usted don Antonio el modo de señalar.

Y por lo que hace á Atila..... como no sea D. Manuel Ruiz Zorrilla, que es el que anda reuniendo Asambleas.....

Con lo cual pasamos á los tercetos, que dicen:

«Alma sumisa á Dios, que *en noche oscura*  
De *horrenda* tempestad vagas *perdida*,

(¿Perdida y sumisa á Dios? No puede ser).

Triunfa *serena* de *implacable* suerte.....»

¿Qué *suerte* ni qué niño muerto?

No hay tal suerte implacable.

Esa es una muletilla muy ridícula en un soneto religioso.

El alma sumisa á Dios, de lo que puede llegar á triunfar con el auxilio de su gracia, es del vicio y del pecado; pero ni el pecado ni el vicio son suerte implacable, sino voluntarias aberraciones.

¿O cree usted que los que son pecadores y viciosos lo son porque les ha tocado eso en la lotería?

Acabe usted.

«*Pues es.....*»

¡Pues es! ¡Qué armónico, y qué poético, y qué!.....

«Pues es del mundo la mayor locura  
Llamar al *tiempo* fugitivo *vida*,  
Y que la *eternidad* se nombre *muerte*.»

¡Miren ustedes qué monada!

¡Y qué satisfecho se quedaría D. Aureliano con estas fatigosas y prosáicas contraposiciones!....

Aunque para muestra dicen que basta un botón, quiero presentar á ustedes dos botones de la casaquilla poética de D. Aureliano.

Es decir; que además del soneto que acaban ustedes de ver, quiero que vean también un romance que D. Aureliano ha escrito en un álbum y ha publicado después en un periódico.

Empieza así:

«¿Brisa, luz, himnos y flores  
Al *géllico* invierno pides?.....»

Ya comienzan los epítetos raros.

¡Al *géllico* invierno! Y es de advertir que D. Aureliano lo dice por sí: á sí mismo se llama *géllico*. ¿Verdad que se necesita afición á poner motes?

Y prosigue D. Aureliano:

«¡Ay!.....»

Esto se llama llorar el verdugo lo que había de llorar el ahorcado; porque D. Aureliano es el que se queja y la maltratada es la poesía.

«¡Ay! que ya el estro divino  
En mi mente *no reside*,

(Ni nunca residió).

Ni *abrasan* mi sien las rosas  
De los vergeles de Chipre.»

¡Hombre! Las rosas no son para abrasar las sienes: antes las refrescan.

Pero á lo que es cuenta, usted quiere que entendamos por las rosas de los vergeles de Chipre los ardores del amor. ¡Vaya una imagen natural y adecuada!

Para decir á una señorita: «no tengo amores», decirla: «no abrasan mi sien las rosas de los vergeles de Chipre.»

¡Se quedaría enterada la pobre muchacha! No hay *dudar* que se quedaría enterada...

Y sigue D. Aureliano diciéndola:

«Tú, en el *paterno* regazo...»

Hombre, será en el *materno*, porque los hombres no tenemos regazo.

¿No dicen ustedes en el Diccionario, definiendo el regazo, bastante mal por cierto, que es «*enfaldo* de la saya que hace seno desde la cintura hasta la rodilla?»

Y siendo el regazo *enfaldo* de la saya, ¿cómo le ha de tener el padre?

¿Llevan ustedes saya los académicos?

Siga usted:

«¿Dónde el armónico plectro;  
Dónde los gayos...»

En el monte. ¡Dónde quería usted que estuvieran?

«¿Dónde los gayos *decires*?...»

¡Ah!

«Ni la inspiración amiga  
Para mí siempre *difficil*».

Ya, ya se conoce. Pero aquí hay una llamada y abajo una nota que dice:

«Don Juan de Cueto y Herrera, canónigo del Sacro-Monte de Granada».

Por lo visto este señor era la inspiración amiga de D. Aureliano, que sigue diciendo:

«Todo pasó: aquellos días  
Que el sol *en púrpura tiñe*...»

Será *tiñó*, si los días eran aquellos; y si los tiñe, serán *estos*.

Y añade:

«Miré en derredor, y falta  
Cuanto *escogí*, cuanto quise:  
*Padres*, amigos, maestros...»

(¡Hombre! ¿Escogió usted sus padres?...)

Dignos de *eternos buriles*».

Se suele decir de eternos mármoles, ó de eternos bronce, ó de que los eternice el buril; pero ¿de *eternos buriles*?... Los buriles ¿por qué han de ser eternos, ni qué falta hace que lo sean, después de haber hecho su oficio, labrando los mármoles y los bronce? ¿Tampoco sabe usted que los buriles se estragan y se gastan trabajando?

Y pregunta D. Aureliano todavía:

«¿Yerma no ves la campiña,  
Y de las nobles raíces

Del ya descuajado cedro  
brotar y brotar reptiles?»

¡Claro! *Brotar y brotar*, porque un brotar solo no llenaba el verso.

A más de que de las raíces del cedro no pueden *brotar* más que pámpanos, cedros pequeños; los reptiles podrán salir, ó, si usted tiene mucho empeño, *brotar de entre* las raíces, pero no *brotar de* las raíces.

¡Todo hay que enseñárselo á este hombre!  
Acabe usted:

«¿No ves por tierra el antiguo  
Decoro, el vicio sin dique,  
La santa *virtud con luto...*»

Sí, lo mismo que en el soneto. Se conoce que eso del luto de la virtud le ha hecho á usted mucha gracia.

¿Lo aprendió usted en viernes?...  
Otro botoncito y concluyo.

Un día se publicó en un periódico de esos literarios, que suelen ser verdugos de la literatura, un cuento pequeño, pero muy soso, de D. Aureliano Fernández.

La primera quintilla decía:

«Muerto de sed á *la viva*  
Llama del sol estival,  
*Echando pestes iba,*  
Mal calzado y cuesta arriba,  
Un estudiante pardal».

Desde luego se echaba de ver que en el verso tercero faltaba algo.

Yo creí que D. Aureliano habría escrito «echando mil pestes iba» y que en la imprenta habrían dejado caer el *mil*.

La quintilla por eso no dejaba de ser una sosada, pero no tendría un verso cojo.

En el número siguiente del mismo periódico apareció una rectificación.

¿Qué creerán ustedes que decía?

Pues decía que donde se leía «pestes» debía leerse *pésetes*.

«Echando *pésetes* iba...»

¿Que qué son *pésetes*?...

Nada: una tontería académica.

## VIII.

Los Genios son así...

Hablo de los Genios con ge grande, que es como suele llamar á Echegaray una apreciable duquesa viuda.

No me refiero á los otros genios con ge pequeña, es decir, á los hombres de mal genio como Cosgayón y Arsenio Martínez, ó como el marqués de la Vega de Armijo, que también tiene un genio de cincuenta mil... judíos danubianos.

Me refiero á los Genios; y digo que son así, porque á lo mejor, comienzan haciendo una barbaridad, y después hacen otras muchas.

Salen de la escuela, se ponen á hozar entre las ruinas de una fábrica de hules, encuentran un mechón de cerdas de la cola de un rocín sarnoso, y dicen muy graves que es el pelo de una dolorida doncella quemada por la Inquisición; con lo cual sientan plaza de Genios, y... échenles ustedes un galgo...

Y si no ahí está el mismo D. José, que se



dió á luz cantando en mala prosa aquella trenza fósil, y después de ser ministro y demás, se conoce que se dijo:

—¿Qué me falta á mí, vamos á ver, qué me falta á mí para ser ya Génio del todo?... Porque yo conozco que me falta algo...—Y en cuanto lo pensó cinco minutos, se dió una palmada en la frente diciendo:

—¡Ah, sí! ser poeta. Y fué y escribió en seguida unas quintillas para el Almanaque de la *Ilustración Española y Americana*.

Se titulaban *Noviembre*, y decían:

«Otoño toca á su fin...»

¡Tilín! ¡tilín!...

Supongo que así sonará la campanilla con que el otoño toca.

¿Verdad que es una imagen muy bonita, muy nueva y sobre todo muy poética esa de tocar á su fin una cosa? Y más si la cosa es el otoño.

«Otoño toca á su fin;  
Pierde su verdura el monte;  
Cesa el *rústico trajín*...»

¿Qué será el *rústico trajín*?... Bien podía el autor habérnoslo dicho en una nota en prosa, de esas que suelen poner los académicos á sus versos cuando á ellos mismos les parecen imposibles de entender. Pero...

«Otoño toca á su fin;  
Pierde su verdura el monte;

Cesa el *rústico trajín*;  
Y *en brumas* el horizonte  
Trueca tintas de *carmin*.»

¡Olé, por los poetas cursis!

¿Han visto ustedes nada más pobre, más amanerado, más trabajoso ni más sin sustancia que esa quintilla?

«Y *en brumas* el horizonte  
Trueca tintas de *carmin*...»

Parece que estamos viendo al horizonte metido *en bromas* á comerciante.

¡Y á este *trueca-tintas* le llaman Genio!

¡Y tratándose de asunto tan poético como el otoño, no se le ocurren más que esas simplezas!

Y estas otras:

«Yerba que *jugosa crece*  
No es de las selvas *alfombra*...»

¡Claro! Porque se la habrán comido los académicos. Pero si ya no es de las selvas *alfombra*, ¿por qué decir que *jugosa crece*?... Por decirlo todo al revés...

La hierba señor don José, no *crece jugosa* en el otoño, creció en la primavera, y por eso no debió usted decir «hierba que *jugosa crece*,» sino «hierba que *jugosa creció*» ó «hierba que creció *jugosa*.»

Esto, en caso de decir algo; porque lo mejor era que no hubiera usted dicho nada.

Y luego afirma usted que en el otoño, esa hierba que *jugosa crece* (y que ya ha visto usted que no crece) «no es de las selvas alfombra.»

Pues sí, señor, sí lo es. En el otoño es precisamente cuando la hierba, que *jugosa creció* en la primavera, «es de las selvas alfombra,» porque está mustia, seca y echada por el suelo, é imita entonces mejor la alfombra que en primavera cuando está erguida.

¡Vaya, que no da usted pie con bola, don José,

«Yerba que *jugosa crece*  
No es de las selvas alfombra;  
La luz solar palidece...»

¡Bueno! Ahora salta usted de la botánica á la óptica... No tiene usted juicio.

«La luz solar palidece,  
Y no se busca la sombra,  
(¡Hombre!)  
Y muy temprano anochece...»

¿Y qué más?

Porque, puesto á inventariar, así sin orden ni concierto, ni poesía, las cosas que suceden en Otoño, pudo usted haber alargado mucho más la relación, diciendo verbigracia:

«Yerba que *jugosa crece*  
No es de las selvas alfombra;  
La luz solar palidece,

Y no se busca la sombra,  
Y muy temprano anochece»,  
Y Moret su casa alfombra,  
Y algo más tarde amanece,  
Y Elduayen no desescombra,  
Y Frontaura no embellece,  
Y Pidal no tiene sombra,  
Y Cos-Gayón se enfurece,  
Y aun el Manzanares crece,  
Y Nido á Cánovas nombra,  
Y el mónstruo se ensorbece,  
Y Sagasta no se asombra,  
Y la capa no parece...»

Ni la poesía tampoco.

Y eso que no desmerecen nada los versos míos de los de usted con ser usted tan Genio.

Como que apenas se distinguen.

Pero siga usted adelante:

«Y el frío su manto eterno  
*Tiende de monte á colina...*  
*¡Cual si protegiera á un yerno*  
*De la piara sagastina?*  
*¡Hombre, vaya usted al cuerno!*

Y perdone; pero francamente, eso es muy malo.

Porque ni el frío tiene manto que tender ni aunque le tuviera se le podría llamar eterno, puesto que no dura más que una temporada.

Del frío se puede decir figuradamente que estiende su aliento, su álito, etc., pero no su

manto, porque el frío es invisible y no le cae bien el manto, ni aun en figura.

Si en lugar del frío hubiera usted dicho el hielo, ya lo del manto no estaría mal; mire usted lo que son las cosas. Pero lo de eterno siempre sería un disparate.

Aparte de que la frase «*de monte á colina*» es pobre y amanerada.

La última quintilla es de esta figura:

«¡Cuánto y cuánto humano ser...»

Es claro: *cuánto y cuánto*.—Donde no basta un *cuánto* para llenar el verso se ponen dos, y adelante.

«¡Cuánto y cuánto humano ser,  
Cuánto *cuervo* dolorido,  
Y *harto ya de padecer*...!»

Lo que es de eso se harta uno muy pronto, de suerte que ese verso entero y verdadero es un ripio, vamos, que no hacía falta, porque todo *cuervo* dolorido, suponiendo nada más que por complacer á usted que los *cuervos* sin alma puedan sentir dolores, todo *cuervo* dolorido está ya *harto de padecer*, aunque no haya padecido mucho.

Excepción hecha de los santos que con el auxilio de la divina gracia se sobreponen al orden natural y desean padecer por Cristo.

Mas volvamos al cuento ó lo que sea.

«Cuánto y cuánto humano ser,  
Cuánto *cuervo* dolorido,

Y *harto ya de padecer*,  
Caerá en la nada vencido  
De las hojas.....»

¡Hombre! ¿Las hojas vencen á los *cuervos* doloridos y les hacen caer en la nada? ¡Qué valientes!

Pero no; no es eso. Ahora veo que usted añade completando el verso último:

«De las hojas..... *al caer*.»

Y me entero de que lo que usted ha querido decir es que «al caer de las hojas, cuánto *cuervo* dolorido *caerá* vencido en la *nada*»; sino que como al adjetivo *vencido* sigue inmediatamente de *las hojas*, «caerá en la nada vencido de las hojas», la primera idea que le produce á uno la lectura es la del vencimiento del *cuervo* por las hojas.

Todo esto sin contar con que lo de *caer en la nada* aplicado al «humano ser» es una herejía, y aplicado al *cuervo* es una tontería cuando menos; porque el *cuervo* del hombre que muere no cae en la nada, vuelve á la tierra de que fué formado: *Pulvis est, et in pulverem reverteris*, como, con palabras del GÉNESIS (III, 19), le dicen á uno el miércoles de ceniza.

Y sin contar con que no sólo se muere la gente al caer de las hojas, sino también al brotar, y en todo tiempo.

Tal es usted, señor, Echegaray, como poeta

lirico: con mucho trabajo hace usted cuatro quintillas, pobres, insípidas, revesadas y detestables.

Ahora, como poeta dramático, ya es otra cosa.

Pero es otra cosa peor que la de antes, aun cuando parezca imposible.

## IX.

Quedábamos, señor Echegaray, en que como poeta dramático es usted peor todavía que como poeta lírico.

Mucho peor. Porque en los dramas de usted no suele haber argumento racional, ni trabazón, ni lógica, ni nada más que una aglomeración caprichosa de crímenes y de sucesos espeluznantes.

Por eso algunos escritores han hecho de los dramas de V. tan buenas parodias; porque como todo es allí convencional ó absurdo es muy fácil ponerlos en ridículo.

Creo yo que de esto usted mismo estará convencido á estas horas; así como de que los éxitos de sus dramas son debidos á la *cofradía* de los tres puntos, interesada en hacerlos triunfar y en popularizarlos, por lo que tienen de desmoralizadores, que no suele ser poco.

Bien me acuerdo de cuando se estrenó *El Gran Galeoto*.

Mucho antes de que usted le concluyera, y no me atrevo á decir antes de que le empe-